

HOMBRES SIN FE, ESTADO SIN DIOS⁷³

En mis años mozos leí con avidez a Guy de Maupassant, el celebre literato francés. Su crudo realismo me sugestionaba y me parecía demostración de honradez y de sinceridad. Sus observaciones de desolador pesimismo, las atribuía a un profundo conocimiento de la naturaleza humana. En mi entusiasmo llegué a considerarlo como uno de los grandes valores de la literatura francesa, como un positivo psicólogo, como un maestro, en toda la extensión de la palabra.

Corrieron los años, pasaron con ellos las tempestades de la juventud. Serenó mi ánimo la experiencia. Se atravesaron en el camino de mi vida, la Revolución con sus rudas enseñanzas, las luchas políticas con sus amargas revelaciones, las mil y mil complicaciones de una vida inquieta y azarosa.

Empecé a ver entonces que en el mundo hay algo más que el placer con sus liviandades, algo más que emociones pasajeras, que vanidades pueriles y alucinantes aventuras. Se concentró mi atención en el misterio del cosmos, y de modo gradual y cada vez más firme, se fue arraigando en mí la concepción, la certeza de los vínculos que unen al hombre con algo más alto que él, con el mundo de los deberes, con el universo y con su Creador.

Nuevas y más sólidas lecturas le fueron apartando de Maupassant, de Zola y de los demás pseudo realistas; ya que me convencí de que la existencia humana, lo de menos, lo despreciable y sin valor, es el goce de los sentidos, y lo alto, y lo eternamente valedero, es la consagración a lo ideal, a lo arímico, al culto de los valores supremos de la espiritualidad.

Y cuando, recientemente y por azar, tropecé con una nota biográfica referente a Maupassant, me di cuenta de que el velo que para mi ocultaba su verdadera personalidad, se había por completo descorrido.

La nota a la que aludo, me enseñó que Maupassant fue a la postre víctima de lo que él llama su realismo. La atroz concepción que él se había formado de la vida, se volvió contra él y lo aplastó.

⁷³ *El Universal*, 24 de enero de 1945.

“Gozar lo más posible, ya que no hay en el mundo más que brutos y apetitos, apetitos y bestias.” Tal era la desoladora síntesis, el aterrador programa que él, en su amargura, había llegado a concebir.

Con semejante filosofía auestas el más bien dotado sucumbe. Ni su talento, ni su cultura, podían salvar a quien así pensaba.

Maupassant, en efecto, robusto y buen mozo, un bello ejemplar humano —“LE BEL AMI”, como él hubiera dicho— se entregó sin medida al placer, a los más intensos y variados placeres de los sentidos y de la carne.

A despecho de su pujanza, aquella naturaleza zozobró. No pudo resistir el agotamiento ni a las complicaciones que trajeron consigo el desequilibrio en lo físico y en lo elemental.

Maupassant murió loco; esto es, destruido, aniquilado por el placer.

“Toda su vida giró —nos dice un comentarista— en torno a ese anhelo, de esa fiebre de sensaciones que lo condujo a la locura y a la tumba.”

¿Su caso es excepcional y único?

Muy a la inversa: es él general, típico, y pudiéramos decir, endémico. Con variantes de forma y de circunstancias, con diferencias de más o de menos, en el desenlace, esa breve historia, esa biografía se repite con más frecuencia de lo que se cree, en nuestro mundo contemporáneo. Hombres y existencias de esa clase, son producto genuino de nuestra civilización amoral y escéptica, que cada día se aleja más de la espiritualidad.

Poderosos cerebros, luminosos espíritus, mentes que hubieran podido ser geniales, se esterilizan o se derrumban en los terremotos, en las locas convulsiones del placer. La carne mata al espíritu, los sentidos imponen su tiranía sobre los mejores cerebros.

Esto no es de hoy, es de todos los tiempos.

Las heroicas virtudes de Roma se perdieron en la crápula, en el lujo y en la orgía. Siempre Venus ha sido la enemiga mortal de Minerva y de Marte.

Pero no sólo esto.

Cuando una época pierde la fe en lo superior y en lo trascendente, todos los ánimos se doblegan y se postran. El servilismo, la deshonestidad, la mala fe, el afán de lucro y el impudor se adueñan de la mayoría de los espíritus.

Fácil es entonces a los audaces imponer su ley, aprovechándose de la bien débil resistencia que los demás oponen. No es empresa difícil corromper a los que están a ello dispuestos, a los que de ellos tiene ansia y sed.

Los corruptores dan el ejemplo, ofrecen el estímulo con el resplandor de su fácil opulencia, que fascina y atrae a cuantos han perdido los frenos morales y los escrúpulos de una conciencia recta.

Puesto que la vida es corta, y más allá no existe sino la nada, sería la mayor torpeza, para los que así se empeñan en sostenerlo, no apurar hasta las heces los goces que su rápido tránsito por el mundo brinda a los mortales.

A los que sólo buscan el placer, se agregan los que más prácticos, más positivistas o más previsores, amontonan riquezas. Y dominando a unos y a otros se improvisan como gobernantes y dictadores, los más ambiciosos, los más astutos y los más fuertes.

Como estos últimos en nada creen, perciben por instinto la necesidad de engatuzar a los demás y para ello fabrican un dogma, el más cómodo y el más productivo el dogma del Estado omnipotente e infalible. No serán de este modo obstáculo para sus intereses, los prejuicios religiosos ni las molestas preocupaciones morales. Sobre estas pequeñeces tendrá que imperar la todopoderosa, la incontenible voluntad del Estado. Es decir, el capricho de los burócratas, guiados, favorecidos y corrompidos por un dictador.

Y si faltare una filosofía, no es difícil inventarla: en vez de la fraternidad y del amor la venganza y el odio; en vez de la moral, el derecho y la justicia la suprema y única razón de la fuerza. Marx y Hegel, Lenin y Sorel suministrarán argumentos a raudales.

Surge así la doctrina del racismo, para dar la razón al pueblo que mejor sepa armarse y que con más refinada técnica sea capaz de destruir.

O bien se inventa el mito de la revolución permanente, de la huelga general, de la lucha de clases sin fin (o sin otro término de feroz dictadura). En resumen la más espantable guerra de todos contra todos.

En tal virtud no hay que sorprenderse con las tragedias y los escándalos que todos los días se registran.

A eso y a más tiene indefectiblemente que conducir la sociedad sin Dios, y todo ello —guerras y catástrofes— se repetirá sin remedio en la humanidad del futuro, si los estadistas que controlen y dirigen la posguerra no aciertan a implantar la solución Roosevelt, la única posible: democracias fundadas en los imperecederos principios de la moral de Jesús, el Divino Maestro de la Paz.